

Sentido cristiano y dignidad de la educación

por Francisco Ponz

En las enseñanzas de Monseñor Escrivá de Balaguer, la educación se contempla desde una perspectiva teológica, que considera al hombre en la plenitud de su ser y de su finalidad, en conformidad con el sentido cristiano de la vida. Se parte de la realidad más profunda: el hombre, ser inteligente y libre, ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza y tiene a Dios como fin. La educación ha de promover el desarrollo integral de la persona humana en el orden natural, de modo que el hombre se haga capaz del más completo y responsable ejercicio de su libertad, pueda realizar con competencia un trabajo profesional que sea servicio a los demás, y conviva con todos en espíritu de respeto, de cooperación y de concordia; mas ha de incluir asimismo la dimensión sobrenatural: dar a conocer a Dios, enseñar a amarle como hijos suyos, descubrir la trascendencia divina de cualquier acción humana.

La dignidad de la educación alcanza su más alto valor desde esa perspectiva que tiene en cuenta la fe. *La fe nos enseña que todo*

*tiene un sentido divino... No simplifica, este entendimiento sobrenatural de la existencia terrena del cristiano, la complejidad humana; pero asegura al hombre que esa complejidad puede estar atravesada por el nervio del amor de Dios, por el cable fuerte e indestructible, que enlaza la vida en la tierra con la vida definitiva en la Patria¹. El desarrollo de la persona humana ha de comprender todas sus dimensiones, ha de ser congruente con la unidad radical del hombre: ...no podrá hacer nunca recto uso de la inteligencia y de la libertad... quien carezca de suficiente formación cristiana². La vida espiritual, la familia, el trabajo, las relaciones con los demás hombres, las actividades cívicas, todo debe quedar fundido en la unidad de vida del cristiano. *La actitud del hombre de fe es mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios³.**

1 Es Cristo que pasa, 177.

2 Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer, 2.

3 Es Cristo que pasa, 46

Para la eficacia de la tarea educativa, mucho más si se entiende con sentido cristiano, se precisa entrega, donación personal. La educación es obra de amor y reclama de quien educa hacer y enseñar, ejemplo y palabra, vida y doctrina. Si no hay unidad de vida en el maestro, resultará imposible transmitida. La educación es exigente: requiere el esfuerzo tenaz y sincero por alcanzar la verdad; el compromiso de luchar honrada y lealmente para ajustar la propia vida conforme a la verdad hallada; y la actitud generosa, de amistad, por la que se ofrece a los demás la verdad hecha vida.

La educación, en palabras del Fundador del Opus Dei, se dirige a formar *...cristianos verdaderos, hombres y mujeres Íntegros capaces de afrontar con espíritu abierto las situaciones que la vida les depare, de servir a sus conciudadanos y de contribuir a la solución de los grandes problemas de la humanidad, de llevar el testimonio de Cristo donde se encuentren más tarde, en la sociedad*⁴; que, como dejó escrito en 1939, sean *...capaces de vivir en el mundo su aventura divina; ...cristianos decididos a fomentar, defender y amparar los intereses —los amores— de Cristo en la sociedad; que sepan distinguir la doctrina católica de lo simplemente opinable, y que en lo esencial procuren estar unidos y compactos; que amen la libertad y el consiguiente sentido de la responsabilidad personal.*

Educación consiste en realizar una espléndida siembra le verdad: *El error no sólo oscurece las inteligencias, sino que divide las voluntades. Sólo cuando los hombres se acostumbren a decir ya oír la verdad, habrá comprensión y concordia. A eso vamos, a trabajar por la Verdad sobrenatural de la fe, sirviendo también lealmente todas las parciales verdades humanas, a llenar de caridad y de luz todos los caminos de la tierra.*

4 Ibid., 28

La elevada consideración que el quehacer educativo alcanzaba para Monseñor Escrivá de Balaguer, se ponía de manifiesto en múltiples ocasiones.

Una maestra le preguntó por su profesión: *Tu profesión —le respondió en seguida— es admirable. Jesús se hace llamar Maestro, y tú eres también maestra de aquellos niños. ¡Fíjate si es grande tu profesión! Tienes a tu cuidado unas almas, que son como barro blando. Puedes poner allí tus dedos, y plasmar tu fe, los deseos grandes que tienes de ser una cristiana admirable, buena servidora de los demás, de tu país... ¡Tantas cosas estupendas les puedes enseñar...! Puedes hacer una labor casi sacerdotal con tus alumnos, hija mía.*

En Portugal, al preguntarle alguien sobre la tarea formativa con muchachos de 13 a 15 años, decía: *Coges a cada alma como si fuera un tesoro—y lo son, porque cada una vale toda la sangre de Cristo—, y haces lo que uno de aquellos miniaturistas de los viejos monasterios de la Edad Media, que se pasaba los días pintando un pajarillo, una flor... Así haces tú con esas almas.*

Y en esta misma Aula Magna, en una solemne investidura, nos hacía ver que era *...una invitación a la esperanza contemplar la vida de los tres nuevos Doctores: sus años de servicio generoso a la Universidad; su grandeza de ánimo para afrontar problemas arduos, su trabajo constante, con altura, sin desmayos ni rutina; su solicitud en la formación de tantos discípulos. Y en los que han sabido despertar la conciencia de la nobleza de la vocación universitaria, como instrumento de progreso espiritual, científico, cultural y civil*⁵.

5 Discurso, 7.X.72, Pamplona.

La responsabilidad de los padres

Los padres son los principales educadores de sus hijos, tanto en lo humano como en lo sobrenatural, y han de sentir la responsabilidad de esa misión, que exige de ellos comprensión, prudencia, saber enseñar y, sobre todo, saber querer; y poner empeño en dar buen ejemplo.¹



Encomiéndalos a la Santísima Virgen,
sé muy amigo de San José,
que lo hizo muy bien como padre,
y verás cómo salen las cosas.
Después, ten devoción también
a los Ángeles Custodios de tus hijos.
Y si hacen una barrabasada, nada de gritos,
que así no arreglas nada.²





No es camino acertado, para la educación,
la imposición autoritaria y violenta.
El ideal de los padres se concreta más bien
en llegar a ser amigos de sus hijos.¹

Los hijos son lo más importante:
más importante que los negocios,
que el trabajo, que el descanso.¹



Los padres educan fundamentalmente
con su conducta.³

... ayudarles
a encauzar
rectamente sus
afanes e ilusiones,
enseñarles a
considerar las
cosas y a razonar;
no imponerles
una conducta,
sino mostrarles
los motivos,
sobrenaturales y
humanos, que la
aconsejan.¹



La prudencia exige que, siempre que la situación lo requiera, se emplee la medicina, totalmente y sin paliativos, después de dejar al descubierto la llaga. Al notar los menores síntomas del mal, sed sencillos, veraces, tanto si habéis de curar como si habéis de recibir esa asistencia. (. . .) En primer lugar hemos de proceder así con nosotros mismos, y con quienes, por motivos de justicia o de caridad, tenemos obligación de ayudar: encomiendo especialmente a los padres, y a los que se dedican a tareas de formación y de enseñanza.⁴





Que no os detenga ninguna razón hipócrita: aplicad la medicina neta. Pero obrad con mano maternal, con la delicadeza infinita de nuestras madres, mientras nos curaban las heridas grandes o pequeñas de nuestros juegos y tropezones infantiles. Cuando es preciso esperar unas horas, se espera; nunca más tiempo del imprescindible, ya que otra actitud entrañaría comodidad, cobardía, cosa bien distinta de la prudencia. Rechazad todos, y principalmente los que os encargáis de formar a otros, el miedo a desinfectar la herida.⁵



Si tuviera que dar un consejo a los padres, les daría sobre todo éste: que vuestros hijos vean —lo ven todo desde niños, y lo juzgan: no os hagáis ilusiones— que procuráis vivir de acuerdo con vuestra fe, que Dios no está sólo en vuestros labios, que está en vuestras obras; que os esforzáis por ser sinceros y leales, que os queréis y que los queréis de veras.³

Escuchad a vuestros hijos, dedicadles también el tiempo vuestro, mostradles confianza.⁶



Salid a su encuentro, a mitad de camino, y rezad por ellos, que acudirán a sus padres con sencillez.⁶



La pedagogía y la justicia de las madres consiste en tratar de manera desigual a los hijos desiguales. Si uno de tus hijos está malo, está enfermo, lo tratas con más cariño, con más mimo, mientras está enfermo. No le dejas, sin embargo, la psicosis de enfermo, porque no le conviene: si se pone mimoso, lo espabilas un poco... ⁷

El problema de la libertad depende mucho de los padres. Podría contaros de algunas madres que ¡dan cada revés!... y así, no hacen nada, no logran nada. Es mejor ser comprensivos, aunque no tanto que los chicos hagan lo que les dé la gana.⁸

